

Todos los días experimentaban el brusco tránsito desde la exhibición pública y ruidosa, á la abstracción y soledad más absolutas. Todos los días salían al mundo: eran como muertos, que se iban para reaparecer al día siguiente. El comediante es un faro que sufre eclipses; primero aparición, luego desaparición, y sólo existe para el público como fantasma y claridad en esta vida de fuegos fatuos.

A la vida pública seguía el encierro. En cuanto concluía el espectáculo, mientras que el auditorio se disolvía y el tumulto de satisfacción se disipaba, diseminándose por las calles y plazas, la Green-Box levantaba su panneau, como una fortaleza su puente levadizo, y cortaba su comunicación con el género humano. A una parte quedaba el mundo y á la otra el carromato, y éste encerraba la libertad, la conciencia tranquila, el valor, la abnegación, la inocencia, el amor y la felicidad.

La ciega, que veía, y la deformidad, que amaba, se sentaban juntos, estrechándose las manos, rozándose las frentes y hablando en voz muy queda.

El compartimiento del centro servía para dos objetos: para el público, de teatro, y para los actores, de comedor.

Ursus contaba el dinero que entraba en caja cada noche, y luego cenaban. Para el amor todo es ideal, y beber y comer juntos, cuando se ama, admite tiernas promiscuidades furtivas, que hacen que un bocado se transforme en un beso. Se bebe la cerveza ó el vino en el mismo vaso. Gwynplaine servía á Dea, le cortaba los pedazos, le llenaba la copa y se aproximaba muchísimo á ella.

—¡Hum!—exclamaba Ursus, y su gruñido concluía, contra su voluntad, en sonrisa.

El lobo cenaba debajo de la mesa, inatento á todo menos á los huesos que le echaban.

Venus y Febe—ó sean Vinos y Fibe, como les llamaba el público,—participaban de

la cena y hablaban, entre ellas, extraña jerigonza. Después Dea entraba en el gineceo con las otras dos mujeres; Ursus iba á atar á Homo de la cadena debajo del carruaje, y Gwynplaine iba á arreglar los caballos; el amante se convertía en palafrenero, como si fuese un héroe de Homero ó un paladín de Carlo-Magno. A media noche todos dormían, á excepción del lobo, que de vez en cuando abría el ojo, penetrado de su responsabilidad.

Al día siguiente volvían á encontrarse, se desayunaban juntos, generalmente con jamón y con te; el te en Inglaterra data de 1678. Después, Dea, siguiendo la moda española, y por consejo de Ursus, que la veía muy delicada, dormía algunas horas, durante las cuales Gwynplaine y Ursus se dedicaban á hacer los preparativos que dentro y fuera exige la vida errante.

Rara vez Gwynplaine salía de la Green-Box, y cuando salía era por calles desiertas y excusadas. En las ciudades salía únicamente por la noche y ocultando el rostro en un descomunal sombrero de alas caídas, con la idea de no gastar la faz por las calles. Sólo en el teatro se le veía con la cara descubierta.

La Green-Box frecuentaba poco las ciudades; Gwynplaine, á los veinticuatro años, la mayor que había visto era la de las Cinco-Puertas. Su celebridad, no obstante, aumentaba de día en día y llegaba ya más arriba del populacho. Los aficionados á las singularidades de las ferias y los buscadores de curiosidades y de prodigios sabían que existía, llevando vida nómada, un máscara extraordinario. Se hablaba de esto; le buscaban, interrogando: —¿Dónde está?— *El hombre que rie* iba á ser verdaderamente famoso. La fama daba lustre al *Caos vendido*.

Ursus llegó á ser ambicioso y un día dijo:

—Es necesario ir á Londres.

LIBRO TERCERO

Empieza la hendidura.

†

LA POSADA TADCASTER

Londres, en esta época, tenía sólo un puente, el puente de Londres, lleno de casas: este puente unía la gran capital al arrabal Southwark, empedrado y plagado de guijarros y piedrecillas arrojadas por el Támesis, y era un laberinto de callejuelas, en las que había muchas obras de albañilería y casas y chozas de madera amontonadas; combustible excelente en un incendio, como lo probó el del año 1666.

El Southwark, en esta época, se parecía al de hoy como Vaugirard se parece á Marsella; entonces era un pueblo, hoy es una ciudad. No obstante, allí había gran movimiento de navegación. Encima del Támesis, en vieja y gruesa pared ciclópea, estaban clavadas las anillas á las que se amarraban los barcos del río. Esta especie de muralla llamábase la pared de Effroc, y la leyenda refiere que tomó este nombre de un Duque de Effroc que se ahogó al pie de ella, porque allí el agua tiene seis brazas de profundidad. La excelencia de este anclaje pe-

queño atraía hasta los navíos, y allí iba á anclar el antiguo buque de Holanda llamado la *Vograat*; dicho buque hacía directamente una vez á la semana la travesía de Londres á Rotterdam y de Rotterdam á Londres. Otros barcos salían dos veces cada día, ya para Deptfort, ya para Greenwich, ya para Gravesend, bajando con una marea y subiendo con otra. El trayecto desde allí á Gravesend, aunque era de veinte millas, se hacía en seis horas.

La *Vograat* era de un modelo que hoy ya sólo se encuentra en los museos de marina. En la época de esta historia, en la que Francia copiaba á Grecia, la Holanda copiaba á la China. La *Vograat* tenía el casco pesado y con dos mástiles; sus tabiques eran perpendiculares; tenía la cámara muy honda en el centro del bastimento, y dos puentes cubiertos, uno delante y otro detrás, lo que tiene la ventaja de disminuir la presa de las olas sobre el barco en tiempo de borrasca, y el defecto de exponer la tripulación á los golpes de mar, á causa de la ausencia de parapeto. Nada detenía en la orilla al que caía, y de aquí procedían las frecuentes caídas y las pérdidas de hombres, que lograron hacer abandonar dicho buque. Navegaba

directamente á Holanda, sin hacer escala ni aun en Gravesend.

Antigua cornisa de piedra, que participaba de masonería y de rocas, costeaba por abajo la pared de Effroc y facilitaba el arribo de los bajeles amarrados. De distancia en distancia, varias escaleras cortaban la pared, que se hallaba situada á la parte Sur de Southwark. La parte elevada de la pared estaba rellena y dispuesta de modo que permitía á los que llegaban á ella resguardarse como tras de un parapeto de muelle. Desde allí se divisaba el Támesis; á la otra parte del agua se terminaba Londres y comenzaban los campos.

Hacia arriba de Effroc, en el ángulo del Támesis, casi enfrente del palacio de Saint-James, entre una fábrica de porcelana y otra de vidrio, en la que se fabricaban botellas pintadas, existía uno de estos vastos terrenos incultos en los que brotaban hierbas, que en Inglaterra se llaman *bowling-green* (tapete verde para rodar una bola). El *bowling-green* de Southwark llamábase Tarrinzean-field por haber pertenecido en otra época á los Barones de Astings, que eran también Barones de Tarrinzean-field y de Mancilne; de éstos pasó á los lores Tadcaster, los que lo explotaron como sitio público, como más tarde el Duque de Orleans explotó el Palais-Royal.

El Tarrinzean-field era un campo de feria permanente, lleno de escamoteadores, de equilibristas, de volatineros, de músicas sobre tabladitos, y en el que se agrupaba la muchedumbre de los idiotas que «van á ver al diablo», como decía el arzobispo Sharp. Ir á ver al diablo era ir á presenciar dichos espectáculos.

Muchas posadas, que admitían y enviaban al público á los teatros de las ferias, abríanse en el referido campo y prosperaban, porque allí todo el año era fiesta. Estas posadas eran simples tiendas, habitadas sólo un día; por la noche el tabernero se metía en el bolsillo la llave de la taberna y se marchaba. Una sola de estas posadas era una verdadera casa. No existía otra en todo el *bowling-green*. Las barracas del campo de la feria podían desaparecer de un momento a otro, porque á los vagabundos saltimbanquis nada les liga á país alguno, y les gusta la vida errante. La posada llamada de Tadcaster, que era el apellido de sus an-

tiguos señores, era mas posada que taberna, más hostería que posada; tenía puerta cochera y un gran corral.

La puerta grande, ó sea la cochera, estaba situada en el corral, y era la puerta legítima de la posada Tadcaster; pero tenía á su lado una pequeña puerta bastarda, por donde se entraba también. Quien dice bastarda, dice preferida; tan preferida, que todos entraban por ella; daba á la taberna propiamente dicha, que era un extenso espacio ahumado, bajo de techo y lleno de mesas; sobre dicha puerta, había en el piso primero una ventana con hierros, á la que estaba atada y pendiente la muestra de la posada. La puerta grande, cerrada y barrada, estaba condenada. Era preciso atravesar la taberna para llegar al corral. Únicamente vivían en la posada el posadero y un muchacho; aquél se llamaba maese Nicless y éste Govicum; aquél era un viudo avaro y tembloroso, pero que respetaba las leyes; éste, que servía á los bebedores, era una cabeza gorda sobre un delantal. Llevaba el pelo cortado raso, lo que era indicio de servidumbre; dormía en el piso de tierra, en una covacha, en la que en otro tiempo se acostaba un perro; la covacha tenía una abertura por ventana que daba al *bowling-green*.

II

ELOCUCENCIA AL AIRE LIBRE

Una tarde que reinaba furioso viento y bastante frío y había muchos motivos para andar á escape por las calles, un hombre, que caminaba por el Tarrinzean-field, se paró de improviso cerca de la posada de Tadcaster. Era en los últimos meses del invierno de 1704 á 1705. Este hombre, que por su traje parecía marinero, tenía el rostro elegante y la hermosa figura que es peculiar á los cortesanos, pero que no está prohibido que los tenga la gente del pueblo. Se paraba para escuchar. ¿Y qué oía? Una

voz que hablaba probablemente desde el corral á la otra parte de la pared, voz algo senil, pero, no obstante, sonora, y que llegaba con claridad á los oídos de los transeúntes. Oía á la vez dentro del recinto, donde la voz peroraba, el murmullo que sale de una multitud. Esa voz decía:—Hombres y mujeres de Londres, ya estoy aquí. Os felicito cordialmente porque sois ingleses. Sois un gran pueblo; os digo más, sois un gran populacho. Vuestros puñetazos valed más aún que vuestras estocadas. Tenéis siempre apetito, y por eso vuestra nación se come á los demás. Esa es una función excelente; esta succión del mundo clasifica aparte á la Inglaterra; como política y filosófica, maneja colonias, ciudades é industrias, y como voluntad de hacer á los otros un daño que á ella le reporta un beneficio, es particular y sorprendente. Se acerca el instante en el que se fijarán en el mundo dos grandes carteles; en uno se leerá: *Parte de los hombres*, y en el otro: *Parte de los ingleses*. Yo pongo aquí de manifiesto vuestra gloria, yo, que no soy inglés, ni hombre, pero que tengo el honor de ser doctor. Sí, señores míos, yo enseño. ¿Qué enseño, me preguntáis? Dos clases de cosas: las que sé y las que no sé. Vendo drogas y regalo ideas. Aproxímaos y escuchadme. Os invito, en nombre de la ciencia; abrid los oídos. Atención. Enseño la Pseudodoxia epidémica. Tengo un compañero que hace reír; yo hago pensar. Habitamos en el mismo domicilio, porque la risa es de tan buena familia como el saber. Cuando le interrogaban á Demócrito: ¿Qué sabéis? él respondía: Sé reír. Si me preguntasen á mí: ¿Por qué os reís? Contestaría: Yo lo sé. Por otra parte, yo no río nunca; yo vengo á rectificar los errores populares; trato de limpiar las inteligencias, porque están sucias. Dios permite que el pueblo se engañe y que sea engañado. No se debe tener estúpido pudor, y yo confieso, con franqueza, que creo en Dios, hasta cuando se equivoca; pero cuando hay porquerías—y los errores son porquerías,—las barro. ¿Cómo yo sé que sé? Eso es cuestión mía. Cada uno se apodera de la ciencia como puede. Lactancio hacía preguntas á una cabeza de Virgilio, de bronce, que le respondía; Silvestre II dialogaba con los pájaros: ¿los pájaros hablan? ¿los papas hacen gorjeos?

Eso son cuestiones. El niño muerto de Eleazar hablaba con San Agustín. Entre nosotros hablando, dudo de esos hechos, excepto del último. Concedo que el niño muerto hablase, pero era porque tenía bajo de la lengua una lámina de oro, en la que había grabadas varias constelaciones. Este hecho se explica. Ya veis que soy justo, separo lo verdadero de lo falso. Existen errores de los que acaso participáis, pobres gentes del pueblo, y de los que deseo libertaros. No es cierto que la serpiente que tentó á Eva tuviese, como Cadmus, semblante humano. Horto, Cadamosto y Juan Hugo, arzobispo de Treves, niegan que baste aserrar el árbol para coger el elefante; me atengo á su opinión. Ciudadanos, los esfuerzos de Lucifer son causa de las falsas opiniones; bajo su reinado aparecen meteoros de error y de perdición. Pueblo, Claudio Pulcher no murió porque los pollitos rehusasen salir del gallinero; lo cierto es que Lucifer previó la muerte de Claudio Pulcher, é impidió que comiesen los animalitos. Que Belcebú concediese al Emperador Vespasiano la virtud de enderezar á los jorobados y de volver la vista á los ciegos, con sólo tocarlos, fué una acción digna de alabanza, pero el motivo de realizarla era culpable. No es verdad que Orión naciese de una necesidad natural de Júpiter, pues el que produjo este astro del modo indicado fué Mercurio. Tampoco es cierto que Adán tuviese ombligo, y cuando San Jorge mató un dragón, tampoco estaba cerca de él la hija de un santo. San Jerónimo no tenía en su gabinete, sobre la chimenea, reloj alguno; en primer lugar, porque no tenía gabinete; en segundo, porque no tenía chimenea, y en tercero, porque no se conocían todavía los relojes. Rectifiquemos, rectifiquemos. Ciudadanos que me escucháis: si alguno os cuenta que al que olfatea la hierba valeriana le nace un lagarto en el cerebro, y que en el estado de putrefacción el toro se convierte en abejas y el caballo en avispones; que el hombre pesa muerto más que vivo; que la sangre del macho cabrío disuelve la esmeralda; que ver sobre el mismo árbol una oruga, una mosca y una araña anuncian hambre, guerra y peste; que se cura el mal caduco con el gusano que se halla en la cabeza del macho cabrío silvestre, no lo creáis, no lo creáis;

todo eso son supersticiones. Creed las siguientes verdades: la piel del toro marino preserva del trueno; el sapo se alimenta con tierra, lo que le hace criar una piedra en la cabeza; la rosa de Jericó florece la víspera de Navidad; las serpientes no pueden soportar la sombra del fresno; el elefante no tiene junturas, lo cual le obliga a dormir de pie junto a un árbol; haced que el sapo empolle un huevo de gallina y saldrá un escorpión, el que a su vez sacará una salamandra; el ciego recupera la vista poniendo una mano encima de la parte izquierda de un altar y tapándose los ojos con la otra; la virginidad no excluye la maternidad. Alimentaos con estas verdades. Podéis creer en Dios de dos maneras: ó como la sed cree en la naranja, ó como el asno cree en el látigo. Ahora voy a presentaros mi personal.

Súbita ventolera agitó por un momento al perorante, que suspendió su discurso; cuando aquella pasó, continuó éste del modo siguiente:

—Me interrumpiste, Aquilón, pero no importa; callé para que hablastes tú. El viento es charlatán, como todos los solitarios. Nadie le hace compañía allá arriba y habla solo. Continúa: Aquí están conmigo los artistas asociados; somos cuatro. A *lupo principium*. Comienzo por mi amigo, que es un lobo; miradle. Es instruido, grave y sagaz. La Providencia tuvo, probablemente, la idea de crear un doctor universitario, pero para eso es necesario ser algo asno, y él no lo es; además, no tiene preocupaciones y no es aristócrata. Hay veces que habla hasta con una perra, él que sólo debiera hablar con las lobas. Si hubiese tenido del-fines, indudablemente hubieran participado del ladrido de su madre y del aullido de su padre, porque él aulla, aunque también ladra, por condescendencia a la civilización. Homo es un perro perfeccionado. Homo es igual en sabiduría y ventaja en cordialidad al lobo sin pelo de Méjico, al admirable xoloitzeniski. Además es humilde, tiene la modestia de ser un lobo útil a los humanos. Socorre y es caritativo silenciosamente. Su pata izquierda desconoce la buena acción que realiza la derecha. Tales son sus méritos. De mi segundo amigo no diré una palabra; es un monstruo y ya le admiraréis. Piratas le abandonaron en otra épo-

ca en las orillas del salvaje Océano. Esta mujer es ciega. ¿Ser ciegos es una excepción? No. Todos nosotros lo somos. El avaro es ciego, porque ve el principio y no divisa el fin. La coqueta es ciega, porque no ve las arrugas. El sabio es ciego, porque no ve su ignorancia. El hombre probo es ciego, porque no ve al pícaro. El pícaro es ciego, porque no ve a Dios. Dios es ciego, porque no vió, el día que creó el mundo, que el diablo se metió dentro de él. Yo soy ciego también, porque no veo que vosotros sois sordos. Esta ciega que nos acompaña es una sacerdotisa misteriosa. Vesta le hubiera entregado se tizon. Tiene en su carácter obscuridades suaves como las hendiduras que se abren en la lana de un carnero. La creo hija de un Rey, pero no lo aseguro; loable desconfianza es el atributo del sabio. Yo razono y medicino. Pienso y aplico remedios. *Chirurgus sum*. Curo las fiebres, los miasmas y las pestes. Casi todas las flegmasias y sufrimientos son exutorios, y bien curados nos impiden tener otros males peores. A pesar de esto, os aconsejo que no padezcáis el ántrax, llamado por otro nombre carbunco; es una enfermedad estúpida, que únicamente sirve para morir de ella. Ni soy inculto ni rústico. Honro la elocuencia y la poesía, y vivo con esas diosas en inocente intimidad. Voy a concluir dándoos un consejo. Cultivad la virtud, la modestia, la honradez, la justicia y el amor. Todo el mundo puede tener de esas flores su pequeño jarro en la ventana. Milores y señores, he dicho. El espectáculo va a principiar.

El hombre vestido de marinero, que escuchaba desde fuera, penetró en la planta baja de la posada, la atravesó, dió el dinero que le pidieron, entró en el corral lleno de público, y divisó en el fondo una barraca con ruedas enteramente descubierta, y vió sobre su tablado a un hombre viejo, envuelto en una piel de oso; a un hombre joven, que parecía una máscara, a una joven ciega y a un lobo.

—¡Vive Dios! — exclamó; — ¡he aquí unas gentes admirables!

sala de espectáculos, que se asemejaba al Globo, sitio donde se representaron *El Otello*, *El Rey Lear* y *La Tempestad*...

En un rincón, detrás de la Green-Box, había un establo.

Ursus se arregló con el tabernero, maese Nicless, que, en su riguroso acatamiento a las leyes, sólo quiso admitir al lobo pagando mucho por él. El cartel «*Gwynplaine, el hombre que ríe*», descolgado de la Green-Box, colgáronle al lado de la enseña de la posada. La sala de la taberna, como hemos indicado, tenía una puerta inferior, por la que se penetraba al corral; al lado de esta puerta se puso un tonel, sin tapadera, que servía para la cobradora, que unas veces era Fibi y otras Vinos: el que pasaba por allí pagaba la entrada. Debajo del cartel de *El hombre que ríe*, suspendieron de dos clavos una tabla pintada de blanco, que tenía escrito con carbón y con letras grandes, el título de la obra maestra de Ursus, *El caos vencido*.

En el centro del balcón, frente a frente de la Green-Box, el compartimiento que tenía para entrada principal una puerta-ventana, lo reservaban «para la nobleza». Era suficiente ancho para poder contener, en dos filas, diez espectadores.

—Estamos en Londres y vendrá gente escogida—dijo Ursus.

Por eso hizo amueblar el indicado sitio con las mejores sillas de la posada y poner en su centro un gran sillón de terciopelo de Utrech, para el caso de que asistiera al espectáculo alguna dama noble.

La representación empezó; la multitud se agrupaba en el patio, pero permanecía vacía la localidad reservada para la nobleza.

Tal fué el éxito de la representación, que nadie recordaba que hubiera alcanzado otro parecido ningún saltimbanqui. Todo Southwark corrió a admirar a *El hombre que ríe*.

Todos los volatineros y gimnastas del Tarrinzean-field fueron vencidos por Gwynplaine; les produjo el efecto que debe producir un gavián que se lanza sobre un javalón de jilgueros y les picotea su comida; Gwynplaine les arrebató su público. Además de los tragadores de espadas y de los jugadores de manos, había en el *bowling-green* verdaderos espectáculos. Había un circo de mujeres en el cual resonaba, desde

III

EN EL QUE EL TRANSEUNTE VUELVE A APARECER

El lector habrá reconocido a la Green-Box, que acababa de llegar a Londres y que se había instalado en Southwark. Atrajo a Ursus el *bowling-green*, que era lugar excelente para su objeto, porque la feria no terminaba en él ni en verano ni en invierno.

Era muy agradable para Ursus ver la cúpula de San Pablo. Londres tiene cosas magníficas; es una verdadera osadía haber dedicado una catedral a San Pablo. La verdadera catedral es la de San Pedro. San Pablo es, hasta cierto punto, sospechoso; San Pablo únicamente es santo con circunstancias atenuantes, porque entró en el Cielo por la puerta de los artistas. Una catedral es una enseña. San Pedro indica a Roma, la ciudad del dogma; San Pablo indica a Londres, la ciudad del cisma. Ursus, cuya filosofía era tan amplia, que lo contenía todo, era hombre capaz de apreciar estos matices, y el atractivo que Londres tenía para él, nacía, indudablemente, de su afinidad a San Pablo.

El gran corral de la posada Tadcaster fijó la elección de Ursus; parecía que este lugar presentía la llegada de la Green-Box. Este patio-corril, cuadrado, era a propósito para un teatro; estaba edificado por tres lados, con una pared frente a los pisos, a la que se arrió la Green-Box, que pudo entrar hasta allí gracias a las vastas dimensiones de la puerta cochera. Un balcón grande de madera, cubierto por un tejadillo, sostenido sobre gruesos postes, que servía a los cuartos del primer piso, ocupaba gran parte de la fachada interior del corral. Las ventanas del piso bajo servían de palcos, el empedrado del patio de parterre y el balcón de palco corrido. La Green-Box, arrimada a la pared, tenía ante ella esta

por la mañana hasta por la noche, una orquesta compuesta de muchos instrumentos, muy extraños algunos de ellos; había debajo de una amplia y redonda tienda una colección de saltadores; había una casa ambulante de fieras, etc., etc.; pues á estos y á otros espectáculos mató la presencia de Gwynplaine; tan pronto apareció éste, les robó todo el público la Green-Box.

—*El caos vencido* es el caos vencedor—decía Ursus, atribuyendo á la obra la mitad del éxito logrado, que fué prodigioso, aunque no se había extendido aún lo que podía.

El nombre de Shakespeare tardó ciento treinta años en llegar desde Inglaterra á Francia: á la fama le es difícilísimo pasar el mar. La gloria de Gwynplaine no pasó del puente de Londres, ni siquiera tomó las dimensiones de un eco de la gran ciudad, particularmente en los primeros días.

Ursus decía:

—El saco de la cobranza, como la mujer que ha tenido un desliz, engruesa visiblemente.

Primero representaban *Ursus Rursus* y después *El caos vencido*.

En los entreactos, Ursus ejercitaba ante la muchedumbre la ventriloquia trascendental; imitaba la voz del espectador que se prestaba á ello, el canto ó el grito que le proponían; á veces parodiaba el murmullo del público, y su voz semejaba la de un montón de gente. Además peroraba, como acabamos de ver; vendía drogas, medicinaba á los enfermos y los curaba. Tenía entusiasmado á todo el Southwark. Ursus estaba satisfecho de los aplausos, pero no asombrado. Las representaciones en el corral de la posada, convertido en parterre, se llenaban de un auditorio andrajoso, pero entusiasta; éste se componía de barqueros, de carpinteros de á bordo, de directores de los barcos del río, de marineros recién desembarcados, que gastaban su sueldo en comilonas y en mujeres; de estafadores, de rufianes, de guardias negras, etc. Esta multitud afluía desde la calle al teatro, y refluía desde el teatro á la taberna; lo que bebían no perjudicaba al éxito. Entre la hez del populacho, distinguíase uno que era más alto que los otros, más grueso y fuerte, menos pobre, más cuadrado de hombros, con el traje del pueblo, pero que no lo llevaba roto; admirador del espectáculo, que se ha-

cía sitio á puñetazos, con enorme peluca, y que juraba, que gritaba y que bebía. Este era el transeunte que hace poco profirió un grito de entusiasmo. *El hombre que ríe* fascinó á este aficionado en cuanto le vió. No asistía á todas las representaciones, pero cuando iba arrastraba al público, hacía convertir los aplausos en aclamaciones, y el éxito era frenético, llegaba á las nubes; de tal manera el transeunte influía en los espectadores, que llamó la atención de Ursus, y Gwynplaine le miró, porque veía en él un amigo desconocido, pero decidido. Ursus y Gwynplaine desearon conocerle, ó al menos saber quién era.

Una tarde, Ursus estaba entre bastidores, esto es, á la puerta de la cocina, y viendo casualmente al hostelero cerca de él, señalándole al citado transeunte entre la multitud, le interrogó:

—Maese Nicless, ¿conocéis á aquel individuo?

—Sí.

—¿Quién es?

—Un marinero.

—¿Cómo se llama?—preguntó Gwynplaine, interviniendo en la conversación.

—Tom-Jim-Jack—contestó el posadero.

Dicho esto, bajó la escala de la estribera de la Green-Box, adonde se había encaramado, y penetró en la posada; al marcharse hizo en voz alta esta reflexión maese Nicless:

—¡Lástima que no sea lord! ¡Sería un gran canalla!...

Aunque el grupo de la Green-Box se había instalado en una posada, no había cambiado sus costumbres y permanecía viviendo en el aislamiento. Lo único que hacían era cambiar algunas palabras con el tabernero, pero no se trataban con los huéspedes permanentes ó pasajeros de la posada y vivían como anteriormente.

Desde que estaba en Southwark, Gwynplaine tenía la costumbre, después del espectáculo y de cenar ellos y los caballos, de ir á respirar el aire libre al *bowling-green*, entre las once y las doce de la noche, mientras Ursus y Dea se acostaban cada uno en su sitio. Cierta vaguedad que posee el espíritu arrastra á los paseos nocturnos á la luz de las estrellas; la juventud espera siempre á un no sé qué misterioso, y por eso se complace en andar de noche sin

objeto alguno. A esas horas estaba enteramente solitario el campo de la feria; sólo se veían de cuando en cuando las siluetas vacilantes de algunos borrachos; las tabernas, vacías ya, se iban cerrando; el piso bajo de la posada de Tadcaster estaba casi apagado; apenas en algún rincón el cabo de una vela medio alumbraba al último bebedor, y Gwynplaine, pensativo, satisfecho, soñando y feliz, pasaba y volvía á pasar por delante de la puerta de la posada, de la que salían los postreros pálidos reflejos de las moribundas luces del interior. ¿En qué pensaba? En Dea, en nada, en todo. Se separaba poco de la hostería, como si le retuviese un hilo cerca de Dea. Dar algunos pasos fuera, al aire libre, le era suficiente; después entraba bajo techado y, hallando ya dormido al grupo de la Green-Box, se dormía también.

IV

FRATERNIDAD DE LOS CONTRARIOS
EN EL ODIO

Las ovaciones desagradan, sobre todo á los que salen perjudicados con ellas; es difícil que los devorados adoren al que los devora. La llegada de *El hombre que ríe* fué un acontecimiento trascendental, que indignó á los saltimbanquis de la vecindad. El éxito en el teatro es un sifón, que sorbe la multitud y hace el vacío en torno suyo. Desbanca á la tienda de enfrente. A la alza de la bolsa de la Green-Box correspondió la baja de las bolsas de las cercanías. Los espectáculos, concurridos hasta entonces, se vieron desiertos. Los teatros conocen los efectos de esta marea, que, para ser alta en una parte, necesita ser baja en las otras. Los que mostraban sus habilidades en los tablados circunvecinos vieron que les arruinaba *El hombre que ríe* y se desesperaron, quedando estupefactos. Todos los gimnastas, los clowns y los volatineros envidiaban

á Gwynplaine.—He aquí un hombre que es feliz por tener el hocico de bestia feroz—decían. Las madres de los volatineros y las que bailaban en la cuerda floja, que tenían niños graciosos, les miraban con cólera, y mostrándoles á Gwynplaine, les decían:—¡Qué lástima que tu cara no sea como la suya!—Algunas pegaban á sus hijos porque eran lindos. Más de una, si hubiese estado en su mano, hubiera transformado á su hijo en otro Gwynplaine. La cabeza de ángel que no produce, vale menos que una cara de diablo lucrativa. La madre de un pequeñuelo, que era un querubín y que representaba los papeles de Cupido, le gritó un día, fuertemente colérica:—Hemos tenido desgracia con nuestros hijos; sólo ha tenido suerte la madre de Gwynplaine.—Y con el puño cerrado contra su niño añadió:—¡Si conociese á tu padre le había de dar un escándalo!...

Gwynplaine era la gallina de los huevos de oro. ¡Qué maravilloso fenómeno!... Esta era la exclamación general en todas aquellas viviendas. Los saltimbanquis, entusiasmados y exasperados, contemplaban á Gwynplaine chocando los dientes. La admiración de la rabia se denomina envidia, y ésta aulla. Probaron á echar á tierra *El caos vencido*; se confabularon, cecearon y silbaron, y esto fué causa para que Ursus perorase al populacho, y dió al marinero Tom-Jim-Jack ocasión para dar algunos puñetazos que restablecieron el orden. La defensa á puñetazos de Ursus y de Gwynplaine, acabó de hacer fijar á éstos en Tom-Jim-Jack; fijáronse en él desde lejos, porque el grupo de la Green-Box se bastaba á sí mismo y se mantenía á cierta distancia de todo.

El desencadenamiento de la envidia en contra de Gwynplaine, no lo contuvieron los puñetazos de Tom-Jim-Jack; cuando los silbidos fueron impotentes, los demás saltimbanquis del Tarrinzean-field dirigieron una queja á la autoridad. Esta es la marcha ordinaria; contra el éxito que nos desagradaba, primero sublevamos á la multitud y después imploramos al magistrado.

A los volatineros se juntaron los reverendos. *El hombre que ríe* había perjudicado también á los predicadores; dejó desiertas, no solamente las barraças, sino también las iglesias. Las capillas de las cinco parroquias

de Southwark quedáronse sin auditorio; abandonaban el sermón por ir á ver á Gwynplaine. *El caos vencido*, la Green-Box, *El hombre que ríe*, todas estas abominaciones de Baal se sobrepusieron á la elocuencia del púlpito. La voz que predica en el desierto, *vox clamantis in deserto*, estaba descontenta. Los pastores de las cinco parroquias se quejan al arzobispo de Londres, y éste se queja á su majestad. La denuncia que presentaron los volatineros era por ultrajes á la religión. Decían en ella que Gwynplaine era brujo y Ursus impío. Los reverendos invocaban el orden social; se fundaban en la violación de las actas del Parlamento, dejando la ortodoxia aparte, lo que era bastante más maligno, porque aquella era la época de Locke, que murió seis meses después, el 28 de octubre de 1704, y comenzaba el escepticismo que Bolingbroke iba á transmitir á Voltaire. Wesley debía venir más tarde á restaurar la Biblia, como Loyola á restaurar el papismo.

De esta manera la Green-Box se veía combatida por dos lados: por los volatineros, en nombre del Pentateuco, y por los capellanes, en nombre de los reglamentos de policía; la denunciaban, pues, los sacerdotes como estorbo, y los saltimbanquis como sacrilegio.

—¿Tenían pretexto para estas denuncias? —Sí.—¿Qué crimen había cometido?—El de tener un lobo. El lobo estaba proscrito en Inglaterra; el dogo se permite, el lobo no. Inglaterra admite el perro que ladra, pero no el lobo que aúlla, para distinguir el corral del bosque. Los rectores y los vicarios de las cinco parroquias de Southwark recordaban en sus memorias multitud de estatutos reales y parlamentarios, que ponían fuera de la ley al lobo, y terminaban pidiendo algo parecido á la encarcelación de Gwynplaine, el secuestro del lobo, ó al menos su expulsión, por el interés público, por el riesgo de los transeuntes, etcétera, etc. A más de esto se fundaban en la opinión de la Facultad; citaban el veredicto del Colegio de los Ochenta médicos de Londres, cuerpo docto que data del tiempo de Enrique VIII, que posee su sello como el Estado, que asciende á los enfermos á la dignidad de justificables, que tiene derecho á aprisionar á los que infringen las leyes y contravienen sus ordenanzas, y que,

entre otras conclusiones de gran utilidad para la salud de los ciudadanos, ha afirmado este hecho, conquistado por la ciencia: —Cuando el lobo ve primero al hombre, el hombre queda ronco para toda la vida. Además, puede ser mordido.

Luego Homo era el pretexto.

Ursus sabía algo de esto por el posadero, y se hallaba inquieto, temiendo que se le echasen encima las dos garras de la policía y de la justicia. Para tener miedo á la magistratura basta tener miedo, no es necesario ser culpables, y Ursus huía del contacto de los sheriffs, prebostes y bailes: no tenía curiosidad de conocer esos rostros oficiales.

Empezaba á sentir haber venido á Londres.

Contra tantos poderes coligados, contra los saltimbanquis indignados en nombre de la religión, contra los capellanes apoyándose en la medicina, la pobre Green-Box, sospechosa de hechicería por Gwynplaine y de hidrofobia por Homo, únicamente tenía en su favor una cosa, que tiene mucha fuerza en Inglaterra: la inercia municipal. Del dejad-hacer local procede la libertad inglesa. La libertad inglesa se tolera, como se tolera el mar á su alrededor. Es una marea. Poco á poco las costumbres suben sobre las leyes. La Inglaterra viene á ser en este punto espantosa legislación hundida, en la que sobrenadan las costumbres; es un código feroz, visible aún bajo la transparencia de la misma libertad.

Podían tener en contra suya *El hombre que ríe*, *El caos vencido* y *Homo*, á los volatineros, á los predicadores, á los obispos, á la Cámara de los Comunes, á la de los Lores, á su majestad, á Londres y á toda Inglaterra, y continuar tranquilos en tanto que Southwark estuviese de su parte. La Green-Box era la diversión favorita del arrabal, y la autoridad local manteníase indiferente, y en Inglaterra indiferencia es protección. Mientras que el sheriff del Conde de Surrey, del que dependía Southwark, no tomase parte en este asunto. Ursus pedía respirar y Homo dormir con tranquilidad. Exceptuando el caso de recibir un golpe *arbitrario*, estos odios fortalecían el éxito. La Green-Box iba cada día mejor, y transpiraba ya en su público que había intrigas contra ella. *El hombre que ríe* era cada día

más popular. La muchedumbre olfatea lo que se denuncia, y se excita y se apasiona por lo denunciado. Excitar sospechas es una recomendación. El pueblo admite por instinto lo que el Índice amenaza. La cosa denunciada es el principio del fruto prohibido y apresúranse á morderle. Además, es muy agradable contribuir á los aplausos que incomodan á alguien, particularmente cuando este alguien es la autoridad. Hacer, pasando una tarde agradable, un acto de adhesión al oprimido y de oposición al opresor, es también muy agradable; así, divirtiéndose el público, protege. Añádase á esto que las chozas teatrales del *bowling-green* proseguían silbando é intrigando contra *El hombre que ríe*, y nada tanto como esto contribuía á los éxitos; los enemigos originan bulla eficaz, que aguijonea y aviva el triunfo; el amigo se cansa más pronto de elogiar que el enemigo de injuriar, é injuriar no perjudica: esto es lo que los enemigos desconocen; no pueden dejar de insultar, y esa es la utilidad que prestan: su imposibilidad de callar mantiene despierto al público. De día en día aumentaba la gente que iba á ver *El caos vencido*.

Ursus se callaba cuanto le decía maese Nicless con motivo de las intrigas y de las quejas de altos sitios, y no hablaba de esto á Gwynplaine para no turbar con sobresaltos la serenidad de las representaciones. Si había de acontecerles alguna desgracia, siempre lo sabrían demasiado pronto.

V

EL WAPENTAKE

Un día, sin embargo, creyó Ursus que debía quebrantar su mutismo por prudencia, y juzgó útil que Gwynplaine estuviese algo inquieto: cierto es que se trataba de algo más grave, según la opinión de Ursus, que de cábalas de feria y de iglesia. Gwynplaine, al recoger un farthing, que cayó al

suelo cuando se hallaban contando el ingreso del día, y estando delante el hostelero, quiso hacer notar el contraste que ofrecía el farthing, representante de la miseria del pueblo, y su sello, que representaba con el semblante de Ana la magnificencia parásita del trono, y dijo sobre esto un propósito malsonante. Este propósito, que repitió algunas veces maese Nicless, se extendió tanto, que volvió á llegar á los oídos de Ursus, dicho por Fibi y por Vinos. Ursus tuvo fiebre al oír esas palabras sediciosas, que constituían un delito de lesa majestad, y reprendió con dureza á Gwynplaine.

—Ten sumo cuidado con lo que hablas.

La regla general de los grandes es no hacer nada, pero la de los pequeños es no decir nada. El pobre únicamente puede contar con un amigo, con el silencio. Sólo debe pronunciar el monosílabo *sí*. Confesar y consentir es su único derecho, y decir siempre *sí* al juez y *sí* al Rey. Los grandes, si lo juzgan por conveniente, pueden darnos bastonazos; yo los he recibido, es una de sus prerrogativas, y no pierden su grandeza porque nos destrocen los huesos. Vengamos el cetro, que es el primero de los bastones. El que ultraja al Rey, se expone al mismo peligro que la joven que corta temerariamente la melena al león. Me refiero á lo que charlaste sobre el farthing, que es lo mismo que el liard, y á que maldijiste su medalla augusta, mediante la que nos venden en el mercado medio cuarto de un arenque salado. ¡Mucho cuidado con maldecir! Es necesario que seas un hombre serio y que tengas presente que existen castigos. Impréguate de las verdades legislativas. Te hallas en un país donde al que sierra un árbol de tres años lo llevan tranquilamente á la horca. A los que juran, les meten los pies en cepos. Al beodo le meten en una barrica sin fondo por la parte de abajo para que pueda andar; practican un agujero en la parte alta del tonel para que pase por él la cabeza, y hacen otros dos agujeros en las compuertas para que saque las manos: de este modo no se puede acostar. Al que hiere á alguno en la sala de Westminster le aprisionan para toda la vida y le confiscan los bienes. Al que hiere á alguien en el palacio real, le amputan la mano derecha. Al que da un papirotazo que haga saltar sangre en la nariz, le

dejan manco. Al que está convicto de herejía le queman vivo; por gran favor, Cuthbert Simpson fué descuartizado por el torniquete. Hace tres años, en 1702, amarraron á la picota al malvado Daniel de Foe, porque tuvo la osadía de imprimir los nombres de los miembros de la Cámara de los Comunes que habían hablado en el Parlamento el día anterior. Al que es felón á su majestad, le abren en canal, le arrancan el corazón y con él le abofetean las mejillas. Deseo inculcarte estas nociones de derecho y de justicia. No decir nunca una palabra, y á la menor inquietud levantar el campo, es lo que yo practico y te aconsejo que hagas. En materia de temeridad imita á los pájaros, y en materia de charla á los peces. Conque ya sabes que lo admirable de Inglaterra es su legislación suave.

Después de esta reprensión, Ursus estuvo inquieto durante algún tiempo, pero Gwynplaine no. La intrepidez de la juventud se compone, en gran parte, de falta de experiencia. No obstante, parecía que Gwynplaine tenía razón para estar tranquilo, porque transcurrieron pacíficamente algunas semanas sin traer consecuencias el dicho sobre la Reina.

Ursus estaba siempre vigilante, temiendo algún contratiempo. Un día, poco después de los consejos que dió á Gwynplaine, mirando por la ventana de la pared que daba al exterior, Ursus palideció de súbito.

—¿Gwynplaine?—le dijo.

—¿Qué deseáis?

—Que mireis.

—¿Adónde?

—A la plaza.

—¿Y qué?

—¿Ves aquel transeunte?

—¿Aquel individuo vestido de negro?

—Sí.

—¿Que empuña una especie de maza?

—Sí.

—¿Y qué?

—Contéplale bien; ese hombre es el wapentake.

—¿Qué significa wapentake?

—Que es el bailío de la centena.

—¿Qué quiere decir bailío de la centena?

—Es el *præpositus hundredi*.

—¿Pero qué desempeña?

—Un oficio terrible.

—¿Qué lleva en la mano?

—El iron-weapon.

—¿Qué es el iron-weapon?

—Una cosa de hierro.

—¿Qué hace con ella?

—Ante todo jura, por lo cual se le llama el wapentake.

—¿Y después?

—Inmediatamente toca al que le parece.

—¿Con qué?

—Con el iron-weapon.

—¿Con eso qué quiere decir?

—Quiere decir: Sigüeme.

—¿Es necesario seguirle?

—Sí.

—¿Y adónde?

—No lo sé.

—¿No os dice dónde os lleva?

—No.

—¿Pero se le puede interrogar?

—Tampoco.

—¿Tampoco?

—El no dice nada y los demás tampoco

le dicen.

—Pero...

—Le toca con el iron-weapon y nada más... estás obligado á seguirle.

—¿Pero dónde?

—Detrás de él, adonde á él le parece,

Gwynplaine.

—¿Y el que se resiste á seguirle?

—Le ahorcan.

Ursus volvió á asomar la cabeza por la ventana y respiró con tranquilidad.

—¡Gracias á Dios ya ha pasado! No nos busca á nosotros.

Ursus tal vez se había asustado más de lo razonable de la indiscreción de las palabras que pronunció Gwynplaine. Maese Nicless, que las oyó, no tenía interés alguno en comprometer á las pobres gentes de la Green-Box. Era una fortuna para él el hospedar al *Hombre que ríe*; para el posadero suponía dos éxitos el *Caos vencido*: hacía triunfar al arte en la Green-Box y hacía progresar la embriaguez en la taberna.

los tres doctores el nombre del juez del infierno que cada uno de los prepositos tenía sobre la cabeza.

Minos, el primero de los tres, el doctor en teología, le hizo señal de que se sentase en el banquillo.

Ursus saludó cortésmente, esto es, inclinando hasta el suelo, y convencido de que se encanta á los osos con la miel y á los doctores con el latín, dijo, permaneciendo por respeto medio encorvado:

—*Tres faciunt capitulum*.

Al decir esto, sentóse en el banquillo.

Cada uno de los tres doctores tenía en la mesa delante de sí, un cuaderno de notas, que hojeaba. Comenzó Minos:

—¿Es verdad que habláis en público?

—Sí—contestó Ursus.

—¿Con qué derecho?

—Soy filósofo.

—Eso no es un derecho.

—Soy también saltimbanqui.

—Eso es distinto.

Ursus respiró. Minos prosiguió en el uso de la palabra:

—Como saltimbanqui, podéis hablar; pero como filósofo, debéis callar.

—Trataré de hacerlo así.

Ursus pensaba en su fuero interno: Puedo hablar, pero debo callar; esto es una complicación. Estaba temeroso. Minos continuó:

—Decís cosas malsonantes. Ultrajáis la religión. Negáis las verdades más incontables. Propagáis errores que excitan; por ejemplo, habéis dicho que la virginidad no excluía la maternidad.

Ursus levantó la vista humildemente y contestó:

—No he dicho eso; dije que la maternidad excluía la virginidad.

Minos, pensativo, murmuró:

—Este hecho es lo contrario.

Era lo mismo, pero Ursus había parado el primer golpe.

Minos, meditando la respuesta del saltimbanqui-filósofo, se hundió en lo profundo de su imbecilidad, lo que ocasionó un instante de silencio.

El representante de la historia, el que para Ursus parecía Rada, ante, disfrazó la derrota de Minos con esta interpelación:

—Son de todas clases vuestras osadías y vuestros errores. Habéis negado que se per-

VI

EL RATÓN PREGUNTADO POR LOS GATOS

Otro aviso tuvo aún Ursus, y bastante terrible; esta vez se trataba de él. Le hicieron aparecer en Bishopsgate ante una comisión compuesta de tres rostros desagradables, que pertenecían á tres doctores, denominados prepositos: uno era doctor en teología y delegado del deán de Westminster; otro era doctor en medicina y delegado del Colegio de los Ochenta, y el tercero era doctor en historia, delegado del Colegio de Gresham. Estos tres peritos *in omni re scibili* acechaban las palabras pronunciadas en público en todo el territorio de las ciento treinta parroquias de Londres, de las setenta y tres de Middlesex, y, por extensión, de las cinco de Southwark. Estas jurisdicciones teológicas subsisten todavía en Inglaterra y castigan con rigor útil.

Ursus recibió un día, de dichos doctores delegados, la orden de comparecencia, que, afortunadamente, le entregaron en propias manos, y nadie se enteró de ella. Acudió, pues, á la citación, estremeciéndole la idea de que pudiesen creer que daba motivo para que sospechasen que era temerario en cierto modo; él, que recomendaba el silencio á los demás, acababa de recibir una lección bastante ruda.

Los tres doctores prepositos y delegados se hallaban sentados, en Bishopsgate, en el fondo de una sala de piso bajo, en tres sillones de brazos de cuero negro: tenían suspendidos en la pared y encima de ellos los retratos en busto de Minos, Eaque y Radamanto, una mesa delante y á los pies un banquillo.

Ursus fué conducido hasta allí, y al instante, en su pensamiento, dió á cada uno de